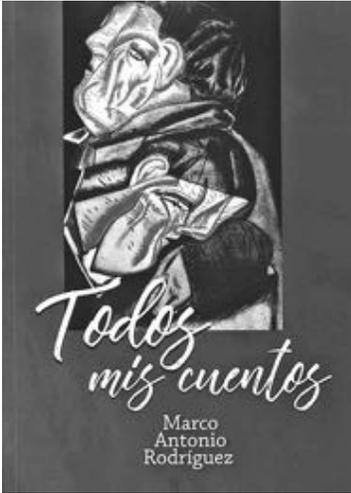


Todos mis cuentos



Vida vivida

Mi vida es una averiguación perpetua. No he cesado de buscar, consciente de que el final de toda búsqueda no es sino el punto de partida y el conocimiento del lugar por primera vez. ¿Por qué persevero en esta obstinación? No sabría decirlo con certeza. Creo que el tiempo tiene que ver con esta insistencia, porque el tiempo no es perceptible por instantes, sino por pasiones, efusiones, rupturas, amores, olvidos; en suma, por ese viaje vertiginoso y voraz a través del alucinante cora-

zón humano que es mi fin, junto al de guardar silencio. Los dos horizontes que, creo, deben ser los de todo aprendiz de lector y escritor que es lo que procuro ser.

Tiempo: aprendizaje sin finales. Ruta, rastreo, siembra y recolección. Vida, amor y muerte. Y en mi punto de partida y de arribo: la palabra, hablada o escrita. Me refiero a mi vocación de maestro y al de escritor, ambas en inacabable aprendizaje. Algunas nociones in-feridas de este itinerario. Saber que se cumplen ciclos en la vida. No fundar amistades inútiles. No

apropiarse de nadie ni de nada. No ocupar demasiado espacio. Procurar no mentir, peor fingir. Salir a tiempo de las fiestas; lo propio de las tareas que encomienda la vida. El poder solo es servicio; salir de algún sueño cuando ha sido imposible cumplirlo —Santayana persuade que el imposible no existe, que solo es aquello que demora un poco más de tiempo para lograrlo—. Me he aferrado muchas veces a este axioma, pero confieso que muchos sueños se han desvanecido, muchas puertas se han clausurado, muchas partidas me han enlutado.

Creo que el tiempo tiene que ver con esta insistencia, porque el tiempo no es perceptible por instantes, sino por pasiones, efusiones, rupturas, amores, olvidos; en suma, por ese viaje vertiginoso y voraz a través del alucinante corazón humano que es mi fin, junto al de guardar silencio

“Desde la mañana —decía Gastón Bachelard— delante de los libros acumulados sobre mi mesa, le hago al dios de la lectura mi ple-garia de lector insaciable: *Nuestra hambre cotidiana dánosla hoy*”. Zarandea en mi memoria esta ple-garia y siento algo parecido a esa dislocadura que es contienda de saberes y sensaciones que pudieron ser. Pero la vida vivida me ha iniciado en valores irrenun-ciables que apaciguan esa desazón. Todo lo demás en mí son equívocos, vacilaciones, carencias.

La dignidad

Nunca he tenido el valor de preferir una vida de urgencias económicas para dedicarme a leer y escribir a tiempo completo, que hubiera sido, quizás, mi ideal, por lo que mi vida no ha sido sino una más de las del infinito número de seres mortales que deambulamos por todo lado. Tampoco llegué a lector de oficio que ya hubiera sido bastante.

Empecé a militar en la dignidad como la única enseña que enoblece al ser humano desde temprano. Salvador de Madariaga cuenta que, en la época de la República en España, el capataz de un cacique se dedicaba a ir de puerta en puerta comprando votos. Todo iba bien hasta que se encontró con un jornalero que lo miró fi-

jamente: “En mi hambre mando yo”, le dijo, arrojando al suelo las monedas. Lección imborrable. Yo salía de mi adolescencia cuando inauguré amistad con Alberto Luna Tobar -por quien leí a Madariaga y a muchos autores más-, para luego constituirse en el pensador que con mayor generosidad ha comentado todos mis libros. Sabio y bueno Alberto, creo firmemente que fue su generosidad la que lo conminó a ser vigía luminoso de cuanto yo publicaba.

No sé si, a partir de esa lección o antes, se me dio por no inclinarme ante ningún poder, ni terrestre ni celeste, pero mi pasión de buscar morirá conmigo y a lo mejor halle un poder superior al humano que todo lo pervierte. Por ese mismo período, conocí a un profesor de álgebra que también me señaló para siempre. Antítesis de Alberto, su otra cara, su envés, era un lector impenitente, el demonio en persona. Educado en un medio profundamente católico, Horacio Viteri Karolis, así se llamaba mi profesor, era ateo y blasfemaba cada vez que abría la boca. Por él leí a Rimbaud y Mallarmé, a Verlaine y Baudelaire, a Henry Bar-

busse y André Gide, a Lautrèaumont, Hölderlin, Nerval, y, se diría en contraste, a Lao Tse y Nietzsche, a nuestros escritores de los treinta, etc...

Horacio me inició en el cuento. “Lea mucho, me decía, lea todo lo que llegue a sus manos, pero comience con Las mil y una noches, *La Ilíada*, *La Odisea*, *El Ramayana*, *La Biblia*... Al oír este último título me confundía, dado su rabioso ateísmo, pero jamás me atreví a confesarle mi desconcierto. Solo después develé las bellas historias de amor, de locura y de muerte que hay en el “libro de los libros”.

Horacio enfatizaba en que, si bien el cuento debe concluir pronto, es para poder extenderse. Ahora bien, cuando abres una ventana, no sabes si vas a recibir el golpe del sol o el de una tormenta. “Nunca escriba somníferos”, recalaba, “usted no está para eso, provoque pesadillas, zarandee, humille al lector, dele contra el suelo, urda tormentos”. Y reía como el Rey de Burlas, aquel que más se rió del poder, concediendo a los esclavos libertad para que hi-

cieran lo que quisieran contra sus amos y sus dioses, incluido él, durante tres días. “El poder del cuento es su extensión”, repetía Horacio —lo cual siempre fue discutible por cierto, pero él era mi maestro—. “Además”, proseguía, “ninguna historia puede ser repetida y, sin embargo, jamás crea que se cuenta nada nuevo”.

Y sentenciaba: “el cuento es el soneto de la narrativa”. “Nada de exuberancias”, clamaba, “todo exacto, como un reloj Omega” —en ese tiempo los más precisos y afamados—, “si falla cualquiera de sus piezas, especialmente su corazón, el cuento muere”. El corazón del cuento para Horacio era el cuento mismo.

Recuerdos

Almas en pena son los recuerdos. Causan espanto, pero también curiosidad que es lo mismo que la tristeza. Seres que se quedaron deambulando en un espacio difuso, entre esta vida y las otras posibles. Aunque también personas amadas de carne y hueso que se desprendieron de nosotros para

jamás volver. No existen los retornos, pero si nos empeñamos en reanudar el pasado, es preciso saber que toda vuelta acarrea los escombros del ayer y su olor es peor que el de la muerte. Jamás sucesos o imágenes completas, los recuerdos son fragmentos, efluvios. Fugaces y frágiles estampas que infligen dolor o gozo, las

dos sensaciones duran menos que un soplo.

Caricaturas de la muerte o de la ausencia: lamentables dibujos del pretérito

consumido, del pasado

que solo existe en alguna oquedad, la más remota de nuestro ser. No obstante, a veces, hasta en los *olvidadores* contumaces, acaecen. Entonces, el tiempo deja de ser progresión y vuelve a ser lo que fue, y es, primitivamente: un presente donde pasado y futuro se sosegan y renuevan. En este punto se engendra mi palabra.

Herencia

Algo hay en los Rodríguez de desvarío, violencia y devoción en secos golpes de sangre y sensibilidad extrema, azarosa. Por allí se

“ninguna historia puede ser repetida y, sin embargo, jamás crea que se cuenta nada nuevo”

sostiene que llevamos en nuestras venas levadura de artistas y artesanos (no hay diferencias entre ambas). Diego Rodríguez en el siglo XVI, escultor; Bernardo Rodríguez, pintor; Antonio Rodríguez, en los tramos iniciantes del siglo XIX, hasta que esa sangre se esparció en los Rodríguez Jurado, Araujo Rodríguez, Santos Rodríguez y más. Tatarabuelos, bisabuelos, abuelos, tías, tíos, eran tallistas que amaban su oficio. De allí quizás nuestras propensiones. Tinieblas y luz. Pasiones abisales. Fragilidad y temeridad. Necio afán de hallar otras realidades, dando el salto del jaguar a través del aro encendido de un circo. Osadía y condena. Guiño a la locura y a la muerte. Entrega y alejamiento. Todo o nada. Nunca espacios medios, siempre extremos. Todo esto circula en mi ser. Pido perdón a los contados Rodríguez que quedamos por pluralizar: mis hijos Paulina y Marco, mi nieto Adrián, mis hermanos Mariana y Carlos, sus hijas mías. Y, por cierto, Liliana, mi compañera que me volvió a la vida.

Por lo demás, nunca aprendí a escribir cuentos. Leí muchas teorías sobre cómo construirlos, partiendo



Horacio Quiroga. Decálogo del perfecto cuentista.

del *Decálogo del perfecto cuentista* de Horacio Quiroga. Quiroga cuenta en su credo lo que él hizo para escribir lo suyo. Nada más. ¿Habrá un escritor —uno solo— que se deba al decálogo de Quiroga? Creo que no. Y a ningún otro.

A medida que iba escribiendo cuentos, intuí que su secreto era su comienzo, pero, ¿y su final que debe ser un resplandor que ciegue de luz al lector y lo deje asido al desconcierto? ¿Cómo se hacen los cuentos? La pregunta queda allí sin otra respuesta que los cuentos que se van contando.

Fui editor y prologuista de las obras incompletas de Jorge Enrique Adoum. No hallábamos el título, hasta que él, no yo, dio con el título *Obras-In-completas*. ¿Por qué cuento esto?, porque con *Todos mis cuentos*, que presento esta noche, cierro el ciclo de cuentista, pero seguiré escribiendo bajo el convencimiento de que los géneros literarios en nuestro siglo se han desvanecido. ¿Saldrá algo parecido a una novela que ahora aglutina ensayo, poesía, testimonio...? Quién



sabe. Solo sé que no puedo hacer otra cosa que seguir buscando. Condena y liberación. Temo más a la locura que a la muerte. Cuando digo públicamente esta verdad o cuando menciono que soy maniaco depresivo y alcohólico, la gente se asusta y se aparte o aleja. He vivido con muletas. Mis ansiolíticos y antidepresivos son esas muletas. Y el tiempo sigue su marcha. Ya no ingiero licor, es decir, tomo con miedo, mi padre y madre el Miedo. De allí provengo.

* **Marco Antonio Rodríguez.** Narrador y ensayista. Fue Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana durante dos periodos consecutivos: 2004-2008 y 2008-2012. Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua y Correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española.